

II

POLÍTICA Y DERECHO

CIENCIAS SOCIALES Y CRISIS

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Manuel FRAGA IRIBARNE*

I

He escogido un tema tan amplio que sólo puede ser hoy aquí esquematizado. Se trata de un tema que me preocupa profundamente y acerca del cual he llegado a conclusiones varias, algunas de las cuales proceden de la razón teórica mientras que otras se originan en la razón práctica. Y se trata de un tema al cual he dedicado bastante reflexión y experiencia porque en mis posiciones políticas, sobre todo en las de gobierno, siempre he intentado seguir las conclusiones que antes había intentado elaborar como teórico. Por lo demás, me parece que el problema de la crisis y de la función de la Ciencia Social en relación con la misma tiene un enorme interés; y no sólo para desarrollarlo con brevedad, como hemos de hacer ahora, si no para dejarlo ahí, como un tema de discusión que quizá la Academia quiera desarrollar más adelante. El hecho fundamental, en el mundo actual, es que todo se mueve, que todo está fluido y dinámico. Tal como lo han desarrollado muchos teóricos actuales, a ello se añade el peso definitivo de la información, entendida en el sentido más amplio. En este momento, el *tempo* de los procesos políticos sociales se ha acelerado de tal manera que creo sinceramente que todo ha contribuido a originar una conciencia generalizada en virtud de la cual todos pensamos que no estamos en una situación de cambios suaves, de los que siempre se dan en el sistema social; sino que estamos en medio de algo que se parece a un terremoto. Alguien ha hecho al respecto, recientemente,

* Sesión del día 11 de enero de 1994.

la comparación de que el mundo actual no está azotado por un ciclón, que tumba árboles o edificios pero deja el suelo como estaba; sino por un verdadero terremoto que transforma hasta el subsuelo de nuestras sociedades y cuartea sus instituciones.

II

Están ocurriendo cambios enormes y llevamos mucho tiempo intentando definir las tendencias de esos cambios. Como muchos seguramente, yo conocí al Profesor Kahn, un futurólogo clásico de los años 60, al que se le vino abajo una obra realmente importante, sólo porque le cambiaron un solo dato: el del precio del petróleo. Pero más recientemente publicó el Profesor Meisbitt un libro importante, *Megatrends*; a principios de los años 90 publicó unos segundos *Megatrends 2000*, que confirmaron que nunca segundas partes fueron buenas, en donde se aventuraba a decir que en los años 90 estábamos incursos en un periodo de *boom* económico global. Es evidente que esta previsión no parece que se haya cumplido. Posiblemente el cambio ha ido mucho más deprisa que antes. Lo digo sin ironía porque sin duda se trata de libros realmente importantes.

III

Todos somos conscientes del peligro de error que encierran las generalizaciones excesivas. Aun así me atrevo a decir que existe una clara conciencia de crisis, y además de crisis en el sentido orteguiano, que yo creo que sigue siendo válido. Quiero decir que la crisis de que hablo no es sólo un cambio de los hechos sociales, sino sobre todo una inutilidad de las claves de los sistemas de ideas con que intentamos interpretarlos. Yo creo que en este momento estamos precisamente en esa situación.

Aparecen por todas partes nuevas preocupaciones y nada parece firme. Es claro que las grandes ideas tradicionales del bien, de la justicia, de la libertad, de la administración, etc, están ahí. Pero surgen problemas que probablemente no sospecharon nuestros antecesores, como por ejemplo los problemas que plantea hoy el medio ambiente. Otro ejemplo puede ser la constatación de que en este momento la relación que antes se planteaba entre las clases sociales, hoy se plantea entre las distintas regiones del mundo. Estudios como los a mi juicio muy acertados del Profesor Huntington nos llevan ya a planteamientos de conflictos de civilizaciones, con todo lo que eso supone, v.gr. para la consideración de los fundamentalismos. Todas esas cosas ya no son fácilmente medibles ni «transables», como diría un argentino, y todas ellas, en definitiva, nos llevan a conside-

rar que en este momento tenemos que repensar de modo general las posibilidades y funcionamiento de las Ciencias Sociales.

IV

Desde el pensamiento griego, aquel gran momento de la primera Teoría Social y Política, es obvio que hay una clara relación entre especulación social y crisis. La frase clásica de Hegel «el búho de Minerva vuela al anochecer» tiene que ver con la crisis de la polis. Y los grandes análisis de Platón y Aristóteles —aunque se produjeron cuando la polis estaba a punto de desaparecer por lo que de hecho tuvieron escasa influencia en sus últimos desarrollos y poco pudieron hacer por evitar su crisis— marcaron, sin embargo, líneas de generalidad que pudieron ser utilizadas después para planteamientos posteriores, en realidades muy diferentes.

De todos modos, hoy vivimos después de la segunda gran etapa de teorización que fue el siglo XVIII, aquel tiempo jovellanesco cuya importancia se pondera con razón cada vez más. Esa época que intentó explicar de un modo general los fenómenos sociales¹ ya pasó. Yo tengo la sensación de que hoy no hay ya nadie que intente construir una Teoría General de la Sociedad y de que va a tomar mucho tiempo el surgimiento de una nueva Teoría Social, si es que llega a producirse.

Estamos, por tanto, ante un gran agujero interpretativo, en parte debido al cambio rapidísimo de las circunstancias sociológicas, en parte debido a la creciente complejidad de los factores humanos y sociales. Porque, en cuanto a lo último, ocurre que las Ciencias Sociales, que no proponen hoy muchas soluciones ni ningún sistema general, además han despiezado la sociedad, la han desmontado hasta el más pequeño detalle y, digámoslo así, la han desmitificado. Como ya se ha insistido mucho en los últimos análisis sociológicos, porque se viene observando el fenómeno desde hace tiempo, por ese camino hemos tribalizado nuestras sociedades. No he dicho *trivializado*, sino *tribalizado*, queriendo enfatizar que hemos hecho aparecer múltiples culturas y subculturas...

Por todo eso, en definitiva, yo creo que en este momento lo primero que hay que decir, hablando de Ciencias Sociales y Crisis, es que nadie se atreve a plantear una interpretación general de la vida social e histórica como las confeccionadas en su día por el materialismo económico-dialéctico o por el idealismo filosófico-historicista de la época hegeliana.

¹ Por mecanicismos, por consideraciones positivistas, por medio de la Teoría del Progreso, con las grandes ideas de un Heriberto Spencer o un Carlos Marx, etc.

V

Aceptamos hoy que una racionalización total de la vida social es muy difícil. No sería fácil mantener, en mi opinión, ni siquiera en el terreno de algunas ramas muy desarrolladas del análisis económico, aquello que decía Samuelson de que «la línea divisoria entre Economía y Sociología es la misma que separa el comportamiento racional del comportamiento irracional»; dicho sea con todo respeto para este economista y haciendo constar además el gran respeto que tengo por los economistas.

Yo tengo la sensación de que en este momento tampoco es sostenible el intento llevado a cabo por el socialismo científico —que fue un superracionalismo de la interpretación de las sociedades y de sus soluciones— de formular un planteamiento de la vida política que podríamos llamar pedagógico, a pesar de que el marxismo se pasó intentándolo gran parte de su tiempo histórico; tiempo bien importante y sólo ahora en trance de agotamiento, mayormente empleado arguyendo las contradicciones de la sociedad capitalista, que, por supuesto, las tiene como todo lo humano, pero que no han sido menores que las contradicciones de las sociedades socialistas, evidentemente.

Lo cierto es que la mayor parte reconocemos que la vida social tiene contradicciones innatas, de tal manera que, por ejemplo, un hombre puede tener la idea de que la familia es una institución sumamente válida —yo mismo me encuentro entre los que así piensan— y, al mismo tiempo, realizar actos muy contrarios a esta misma idea. Pues igual ocurre con los grupos sociales.

VI

No estoy en modo alguno diciendo que no es posible buscar la verdad en lo social. Quiero dejarlo claro, en este momento, cuando todos los días se pueden ver razonamientos sobre la superación de la modernidad o la superación del racionalismo. Al contrario, sigo creyendo, no sólo que hay que buscar una verdad lo más sistemática posible, sino también que las cuestiones de orden práctico asimismo son susceptibles de verdad. Pero creo que en este momento, hasta donde a mí se me alcanza, es difícil llevar esa verdad social al nivel de la metafísica.

Creo que la verdad social se sitúa más bien en el terreno de la convección, en el terreno del acuerdo y, por lo mismo, también en el terreno de la circulación de la información: yo he aprendido algo de esto de los ingleses y tardé mucho tiempo en entenderlo.

Yo he sido toda mi vida iusnaturalista; he admirado la obra, reciente en nuestra generación anterior, de Leo Strauss y de Voegelin; y admito el principio de

que es posible traducir todas las cuestiones que se plantean en las sociedades a cuestiones de valor. Pero tengo la sensación de que, en este momento, el problema es otro; de que hoy, se trata más bien de vivir en sociedades organizadas estudiando y discutiendo los medios para lograr la mejor organización posible, basándonos en el mayor acuerdo. Es que podemos seguir con la mejor doctrina sobre un punto determinado y, si no convencemos a una mayoría de su bondad, la teoría no llegará a la práctica y no mejorará la vida humana: como vemos ocurrir todos los días.

VII

Entonces eso me lleva a una conclusión que significa de alguna manera, volver al planteamiento aristotélico. En su *Política*, Aristóteles parte de la Ética y termina en la Retórica². He dicho que para Aristóteles la Política comienza en la Ética y termina en la Retórica. Traduzco: la Política comienza en los valores y termina en los consensos.

Yo tengo la sensación de que en este momento lo primero que tenemos que ver es cómo llevamos el gran problema del valor y la verdad al terreno de los acuerdos. El propio Max Weber —el gran maestro en la búsqueda de tipos ideales y racionalidades finalistas en su teoría política y de la administración— en su dramático *Político como política y como vocación* —un libro clave del final de su vida— tuvo que hacer un sitio cada vez más amplio a la necesidad de encontrar un sitio a la política.

La política, como grande y civilizadora actividad humana, es justamente la capacidad de intentar resolver problemas de una forma definitiva y total, eludiendo dogmas excesivos; es la capacidad de dar a los problemas humanos la salida que es posible en cada momento y en cada generación. Como se ha dicho, lo que mantiene a un Estado libre y unido no es la voluntad general, que es un dogma abstracto; ni un interés común, sobre el cual nunca es fácil ponerse de acuerdo. Lo que mantiene a un Estado libre y unido es, simplemente, la Política misma, la capacidad para llevar los temas a arbitrajes, a acuerdos, a soluciones. Ya Aristóteles había observado que la esencia de la política residía en la coexistencia de grupos, intereses y reacciones diversas dentro de la misma unidad social.

La política es el conjunto de acciones públicas de los hombres libres. La libertad en la privacidad de los hombres es la libertad de los hombres respecto de

² Ya sé que esta afirmación necesitaría muchas matizaciones y que últimamente se ha escrito mucho sobre ella. Y perdón, que esto es sin duda una autojustificación de un modesto político: recordando mucho el libro *In defence of Politics* de Bernard Crick que es un buen libro inglés sobre ese tema, muy en espíritu inglés, por supuesto.

las acciones públicas. Y la capacidad del político estriba en conseguir sacar de eso soluciones medias; es decir, soluciones que pueden no ser totalmente racionales pero sí ser razonables para su tiempo y razonables frente a las ideologías. Cosa distinta a sacar ideologías, es decir, intentos de buscar una teoría general de una sociedad sin contradicciones ni conflictos y, por lo mismo, sin Política: o sea, reducida a mera didáctica y a mera administración.

VIII

Todos sabemos que no funcionó en ningún caso el intento, concretamente marxista, de pasar de un orden político —necesario en sociedades explotadoras, con lucha de clases, pero no en una sociedad sin ellas— a un orden social —en que se produciría una decadencia del Estado—. Al contrario, nunca hubo concentraciones tan grandes de poder como las que hemos visto en ese intento. En definitiva, el objetivo final de la sociedad menos imperfecta posible es la política entre grupos de intereses, entre grupos políticos, entre sistemas de concertación y coalición. En ese sentido, política y tecnocracia son contradictorias. Ciencia, Tecnología, Administración han de rodar con la política: pero han de estar a su lado, no encima de ella. ¿Las soluciones han de resultar demostraciones científicas? Esa idea, expuesta por Saint-Simon en 1821, en *El nuevo orden político*, no ha sido confirmada por la realidad. Tampoco pretendo yo llegar al exceso de quienes dicen que sólo la psicología patológica explica a la sociedad, pero creo sinceramente que esta teoría ha aclarado muchas cosas, respecto del conflicto social.³

La política, en definitiva, tiende al reconocimiento recíproco de las distintas ideas y de los diferentes intereses. Hay decisiones políticas que afectan a grandes cuestiones del Estado, como la política exterior, la defensa o la seguridad, en las cuales es posible depositar todas las decisiones en el gobierno, en forma delegada, con rendimientos aceptables. Necesitan, en cambio, de un sistema permanente de arbitraje práctico las cuestiones que se refieren a la constante redistribución de posibilidades geográficas, económicas, etc. entre grupos geográficos o sociales y las que se refieren a repartos entre los ciudadanos: y ahí están la mayor parte de los temas económicos y sociales.

En este campo, yo me atrevo a decir que tenemos que rechazar el intento de llegar en este momento a soluciones extremas; y de pensar que solamente las instituciones representativas pueden resolver estos problemas. Es necesaria la con-

³ Por cierto que sobre este tema hice yo mi discurso de ingreso en esta Academia, hace ya algunos años, más de los que yo quisiera. Cfr. *La guerra y la teoría del conflicto social*, Madrid, RACMP, 1962.

certación política a todos los niveles, y mucho más hoy cuando las grandes organizaciones lo dominan todo. Cuando Joan Robinson decía que el objetivo del estudio de la economía no consiste en adquirir una serie de respuestas prefabricadas para los problemas económicos, sino en aprender a no ser *despistadas* por los economistas —prueba de su sentido del humor—, estaba señalando un camino que va de un rígido concepto de la economía clásica a otro más matizado; y creo yo que, efectivamente, el camino consiste fundamentalmente en las diversas formas de concertación.

IX

Aquí quiero subrayar otro tema sobre el cual he tenido ocasión de trabajar mucho, teórica y prácticamente. Se trata de la importancia de los medios de comunicación social en las comunidades actuales.

En la «mediacracia» actual, en la que tenemos que vivir, es evidente que los multimedia presionan hoy día sobre los conceptos morales, sobre la política y sobre todo: pues todo está hoy en definitiva, digámoslo así, bastante «mediatizado».

Yo creo que la llamada por Habermas *razón comunicacional* es un tema fundamental de este momento y que la mejor garantía de que existe un debate político serio está en la capacidad de la intercomprensión, la cual se puede contraponer a la capacidad de manipulación por los medios. Quizás la más importante manera de considerar el Estado de una sociedad sea comprobar como están los medios de comunicación, en cuanto a su idea y en cuanto a su control. La entrada del dinero en los multimedia de modo masivo y su creciente concentración en unas solas manos es un fenómeno que necesitaría ser estudiado efectivamente y regulado prudentemente: es un tema que está planteado en lo cultural y en lo moral desde hace mucho tiempo.

La idea de verdad social no puede ser establecida más que a partir de ese modelo idealizado, o sea, de una comunicación que se ajuste a unas condiciones mínimas, la principal de las cuales es que sea una comunicación sin coacción. Por lo tanto la concertación es una exigencia de unos medios adecuados de comunicación.

X

Observación siguiente⁴. Todo lo anterior me confirma en viejas ideas, ideas que he tenido siempre y que, quizá, he ido entendiendo cada vez más a lo largo de los años. Una es la conclusión principal de que las soluciones sociales a las

⁴ Que hago esquematizando muchísimo porque lo interesante será, no lo que diga yo ahora, si no lo que la Academia desarrolle después.

que hay que atribuir la condición de científicas, y con mucho cuidado, son limitadas. Otra similar es la conciencia de la limitación de la acción política. Y en eso consiste precisamente y por definición el conservatismo.

El conservatismo no es mirar hacia atrás; no es pedir que no cambie nada. Conservatismo es hacer que las cosas se hagan en política con prudencia, con sentido común y desde un estilo moderado o limitado o lo menos impositivo posible. Frente a la pasión por la regulación social que sólo puede llegar al aumento de la burocracia y de los poderes del Estado, la necesidad obliga a reconocer que un sistema político civilizado consiste, por el contrario, en la limitación de los cambios a solamente los que se puedan absorber en cada momento y en su planteamiento referido a lo ya existente.

Los progresismos, marxismos, fascismos, comunismos, etc. se han basado en la teoría contraria. Según ellos los problemas tienen solución echándoles más presupuesto, echándoles más burocracia, echándoles más planificación. Por el contrario, el conservatismo requiere una idea de la responsabilidad, una idea de la limitación del poder, una idea de la prudencia política que expresaron Cicerón o Burke, una idea del sentido común y, en definitiva, la resurrección de la Retórica en el sentido profundo de la palabra, el aristotélico; y la vuelta a la ética de la responsabilidad en el sentido profundo de la palabra, el weberiano.

Todo ello me parece que nos tiene que llevar a la última conclusión del gran profesor de Heidelberg: «es cierto que la política se hace con la cabeza, pero en modo alguno solamente con la cabeza». Según decía al final de su vida, en esto tienen toda la razón los que defienden «la ética de la convicción». La ética de la convicción no exime de enfrentarse a los problemas nuevos: vale la frase de Galiani «aquí está la rosa, aquí hay que bailar»; vale el mensaje kantiano: «saber ser audaz cuando no hay más remedio»; pero con la modestia y la humildad que el caso requiere.

XI

Yo no sé si, con estas breves consideraciones que, por supuesto, quieren ser sobre todo provocativas, he llegado donde quería llegar. Creo que la crisis ha traído una mayor demanda de Ingeniería Social, pero que la experiencia ha demostrado también la aparición de una crisis de las propias Ciencias Sociales. El hecho nos remite, tal vez, a nuestro título clásico de «Ciencias Morales y Políticas» despreciado irreflexivamente a veces.

Creo que este momento finisecular, tan propicio al escepticismo y a la desconfianza, nos debe llevar, ante todo, a un mensaje prudencial. No, como decía Salvador Giner estos mismos días, a la «apostación» de la razón; sino a conocer estos límites. Queremos una mayor conciencia del riesgo que conlleva hacer pro-

nunciamientos; una mayor conciencia de la limitación de la capacidad de previsión, que puse antes de relieve citando dos casos pintorescos. Queremos una mayor conciencia de la dificultad que conlleva todo intento de alterar la condición humana. «La nudosa madera de la humanidad no permite hacer las cosas rectas, ni fáciles»: ahí está la frase de Kant que tanto gustaba a Isaiah Berlin.

Hoy día volvemos a valorar, por ello, los «residuos» de Pareto y las «barreras culturales» de Huntington. Por ello volvemos a considerar, más que con respeto, con preocupación los fundamentalismos, los odios elementales y todas las barreras de raza y de religión. Eso es lo que quiso evitar el racionalismo, sí. Pero, más bien, creó un camino por el cual no hemos sabido encontrar el fondo de la realidad. Un escritor profundo sobre el México actual —y hablar de México hoy equivale a reconocer cuánto hay que profundizar por debajo de la superficie— compara los virreyes habsbúrgicos del siglo diecisiete con los virreyes borbónicos del siglo dieciocho, y concluye que al final, los primeros hicieron una obra más positiva y de mayor continuidad que los segundos⁵. He ahí cómo la retórica del Barroco puede tener cosas que descuida el racionalismo ilustrado.

XII

Vuelvo al principio. Por primera vez en los últimos ciento cincuenta años nadie ofrece una visión global integrada de las cosas humanas y sociales. Alegrémonos de ello.

Consideremos la realidad de la limitación humana y social. En un libro reciente —permítaseme terminar con esta frase brillantísima— George Steiner dice así: «Somos inquilinos, no creadores ni dueños de nuestras vidas. No obstante la incierta intimidad de una libertad perdida o de una libertad que tiene que volver a ser ganada, Arcadia a nuestras espaldas, Utopía al frente, arponea el lejano umbral de la psique humana». Sigamos arponeando. No eludamos las cuestiones de valor y de posibilidad política. Quizá así serviremos de verdad a lo que tiene que hacer esta Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Mil perdones por la audacia de esta exposición.

⁵ Y no me meto en la diócesis de Fray Bartolomé de Las Casas, que era Chiapas precisamente.

